

CAPÍTULO SÉPTIMO

La cuestión económica en el matrimonio.

Los pájaros, antes de tener familia, hacen el nido que debe acoger á los hijos futuros y protegerlos de la intemperie. Muchos hombres, más imprevisores que los pájaros, se casan sin saber dónde y cómo alojarán á los hijos de su amor. Al pájaro el aire, la tierra y la floresta le dan gratuitamente el alimento: las necesidades físicas del hombre no las satisfacen más que el panadero, el sastre, el casero, etc., pero que tienen la debilidad de querer que se les pague.

La imprevisión económica en los matrimonios es una plaga de todas las sociedades decadentes y se observa precisamente entre los obreros y los desheredados de la fortuna, entre

todos aquellos que en las batallas de la vida siempre combatiendo y sucumbiendo siempre, llegan á ser desgraciados fatalistas á quienes les basta el presente.

El fatalismo tiene muchas formas, pero siempre consiste en una vil castración de sí mismo; mejor dicho, en una mutilación aún más cruel, porque corta los nervios de la voluntad, y

se reduce á una abdicación de lo que hay de mejor en nosotros mismos. En los individuos es castración ó mutilación, en las naciones es suicidio, y bien pronto veremos en el Imperio Otomano á donde conduce el *fatalismo turco*.

Me precio de tener buenos sentimientos y creo que pago mis deberes de caridad hacia los náufragos



de la vida; pero cada vez que un mendigo me pide limosna y excusa su rebajamiento físico ó moral, diciéndome: *Señor, que tengo una numerosa familia, que tengo tantos hijos*, el desdén me asoma á los labios y se me ocurre decirle:

¿Y por qué los has hecho?

Y este grito no es un insulto á la miseria, ni una blasfemia; es la voz de la razón, que si resonase en todas las casas de los pobres, bastaría para resolver el problema social.

Soy un maltusiano impenitente y mientras viva, diré siempre á todos los que luchan con la pobreza:

Amad, pero no engendréis.

Y en vano los escrupulosos moralistas combaten la teoría de Malthus, la cual hoy día ha llegado á ser una institución social, que sin necesidad de códigos escritos, gobierna la economía de la familia en Francia, en Italia, en Alemania y hasta en la fecunda y pudorosa Albión.

Y en vano mis *Elementos de Higiene* fueron combatidos, porque de año en año el apostolado maltusiano ha hecho nuevos discípulos y continuará haciéndolos.

No estoy entre aquellos que creen con demasiada fe ó con excesivo fanatismo, que la

limitación de los nacidos baste para resolver el problema social: ciertamente que no; ese elemento no basta, pero limpia el terreno de alguno de los más espinosos obstáculos en los cuales tropieza la felicidad humana; y la comparación entre los proletarios de las ciudades populosas de Europa y los que habitan las regiones desiertas de la América meridional, basta para convencernos de que la fecunda imprevisión es también la más fecunda madre del hambre, de las enfermedades y de la muerte.

Si, pues, no sois maltusiano ni queréis convertirlos á él, entonces, si no tenéis paja con que tejer vuestro nido, no os caséis y aumentad la gloriosa cifra de los animales de rapiña y de los cuclillos.

* * *

También sé que el más odioso y el más antipático de los problemas del matrimonio es el económico; pero no podemos evitarlo ni resolverlo cerrando los ojos y encogiéndonos de hombros ante el mismo.

Amar y ser amado, sentir redoblada la vida y ensanchados los horizontes del porvenir; beber en los ojos de una mujer toda una

primavera de flores y ver entreabiertas tras sus labios las puertas de oro del paraíso, y de repente y en medio de tanta y tan alegre embriaguez tener que hablar de *sueldo* y de *dote*; tener que acordarse entre una mirada y otra mirada, de que para alojar todo este paraíso no tenemos, no ya una casa, sino ni una pobre estancia, es duro, es cruel, es abominable; pero es necesario.

Es el *quart d'heure de Rabelais* en los negocios de amor; es el grito del trapense que dice á su hermano: *Morir tenemos*; es el camarero que entra en la sala del convite presentando á los descuidados y alegres comensales *la cuenta*.

Y con frecuencia en cuestión de matrimonio conviene hacer las cuentas primero, y hacerlas de un modo serio, frío é inexorable.

Sólo á un hombre le permito yo la imprevisión. Al que siente dentro de sí fuerza bastante para combatir, energía suficiente para conquistar un puesto cercano al sol; á aquel que, golpeándose en la frente, exclama: *numen adest*. ¿Qué importa que él no traiga fortuna y no tenga dote la mujer á quien ama? Él tiene fe en sí mismo, y una fe no apoyada en el orgullo, sino en la conciencia de lo que sabe y de lo que puede. Y todo esto vale más, mucho

más que un matrimonio, porque no lo invaden ni la filoxera, ni la langosta, ni las quiebras de los Bancos, ni los naufragios. Duran tanto como la vida y sus frutos duran más que la vida.

Pero ¿cuántos son éstos?

A todos los demás les recomiendo, con la experiencia de más de medio siglo, una previsión tan previsora que se aproxime al miedo. Los balances consuntivos (nos lo enseña toda la historia de la Hacienda italiana, y nos lo repite toda la cronología de nuestros innumerables ministros de Hacienda), son siempre mayores que los preventivos. Figuráos, pues, lo que ocurrirá cuando estos balances están hechos por aquel loco de los locos entre todos los ministros del Tesoro que se llama el amor.

Entre dos enamorados, más de mil y mil veces, entre suspiro y suspiro, se repiten estas palabras:

¡Una cabaña y tu corazón!

Pero el buen sentido ha llegado á arrojar tanta agua fresca sobre aquella frase, que la ha hecho ridícula, relegándola al museo de las virtudes cómicas.

Sin embargo, y á pesar de los años vividos, creo que aquella frase cuando brota espon-táneamente de dos corazones enamorados, y

cuando aquellos dos corazones palpitan en dos organismos privilegiados por inteligencia y por sentimiento, puede ser justa: la cabaña pue-



de convertirse pronto en una casa, quizás, quizás hasta en un palacio.

Pero, lo repito, ¿cuántos son éstos?

Hoy día la mayor parte no dicen ya: *una*

cabaña y tu corazón, sino, un palacio aun sin tu corazón.

Cien mil pesetas de renta con ó sin corazón.

En las primeras páginas de este libro ya hemos visto cómo y por qué el problema económico domina con prepotencia de tirano en la sociedad civilizada llamada matrimonio, y cómo se impone á todos los demás problemas, siendo el *to be or not to be* de una familia.



La cuestión de fortunas, el ideal de un matrimonio, es que marido y mujer sean igualmente ricos. No se necesita una igualdad absoluta, pero debe acercarse á ella. En estos casos afortunados la igualdad de riqueza añade dignidad al consorcio familiar y necesariamente va de acuerdo con otras muchas armonías de costumbres, de gustos, de exigencias.

Un *hiper-ideal*, un colmo de perfección sería que á la igualdad de fortuna se uniera una diversa clase de riquezas, de modo, que si el marido es un rico propietario de tierras, la mujer posea casas; si el uno tiene muchos títulos de valores públicos, la otra tenga tierras ó casas. De este modo ni aun los más inespe-

rados trastornos políticos ó meteorológicos dejarían arruinada á la familia.

En muchos casos, una buena profesión del



marido equivale á una rica dote de la esposa; pero también aquí conviene recordar que la vida es incierta y la muerte segura. Y aun esto es causa de los frecuentes naufragios en la felicidad de las familias, donde la situación de que disfrutan proviene toda ella del trabajo del padre. No se tienen tierras, ni casas, ni valores públicos, pero un alto destino hasta

para dar la riqueza y á ella se ajustan en su vida cómoda, rica y holgada, y cuando el destino falta se suele bajar á los más profundos abismos de la miseria.

La palabra *empleomanía* es española, y en España nació como en terreno propio; pero si los italianos no la hemos registrado en nuestros diccionarios clásicos, la empleamos en el lenguaje común, y sobre todo y desgraciadamente, tenemos la idea que representa: una de las medidas más exactas de nuestra inercia intelectual y volitiva.

En la clase media, y más especialmente en las capas más bajas, es el sueño cotidiano de la buena madre de familia el dar la propia hija á un *empleado* y el sueño de mil hombrecillos, jóvenes de corta vista y pequeña estatura frenológica, es el conseguir un *empleo*, cualquiera que éste sea.

No tener que pensar por la mañana en lo que deba hacerse durante el día, no tener necesidad de trazarse ningún itinerario, sino ir á la oficina á la hora precisa y á la hora fijada volver á casa. Hacer lo que quieren otros, sin que hayamos de pensar por cuenta propia, gozar por anticipado durante seis días el dulce reposo del domingo y saborear durante once

meses la delicia del duodécimo, el de las vacaciones; pensar que cada mes del año tiene un día que lleva el número 27, día bendito en que truene ó llueva, siga en el poder la derecha ó la izquierda, mande Crispi ó Rudini, se nos abre la caja que nos da la paga; ¡oh! estas son delicias tranquilas, serenas, que hacen llorar de alegría á las madres, regocijarse á las esposas y alborozarse á las nueve décimas partes de los ciudadanos que aman la paz y la seguridad del mañana... y el 27 del mes!

*
* *

Dada la desigualdad de bienes de fortuna entre los dos esposos, es cien veces mejor que la diferencia esté á favor del marido.

La mujer nunca se humilla si, pobre, se casa con un rico, ó si, estando en una posición regular, da la mano á un millonario. Por muy menospreciada que se halle por las leyes sociales, siempre está por encima del hombre en la escala de las jerarquías; ella con la belleza, con la juventud, con la gracia, con todos los tesoros de su feminidad, da tantas riquezas al hombre, que puede fácilmente equilibrar el oro de muchos millones, los blasones de cien títulos.

Hay quizás otra razón menos noble, pero más humana, que explica la desigualdad de nuestros juicios en materia de matrimonios entre personas de fortuna diversa.

La mujer, precisamente porque ha sido puesta por las leyes y las costumbres en grado inferior al nuestro, puede sin vergüenza alguna aceptar de nosotros la riqueza, y por otra parte le es muy difícil, si no imposible, ganar con el trabajo de sus manos ó de su cerebro lo que es preciso para mantener una familia. Todo conspira, pues, para que pueda dar la mano de esposa á un hombre rico sin venderse, ni prostituirse.

Por el contrario, el hombre que acepta de la mujer la riqueza, sin equilibrarla con un gran genio ó una altísima posición social, renuncia para siempre á aquella dignidad viril que debe ser su primera y más noble cualidad; se halla empequeñecido ante la propia mujer y al menor choque de pasiones ó de vanidad, puede arrojársele á la cara un insulto que debe penetrar hasta lo más profundo de su corazón.

Conozco muchos casos en los cuales una mujer riquísima se enamoró perdidamente de un joven bello, inteligente, distinguido, pero pobre, y acudieron al amor para salvar la propia

dignidad. La mujer lo persiguió y lo conquistó, fiando impávida en la frase: *¡Ce que la femme veut, Dieu le veut!*

Y se casaron: y él la amó á ella, trabajando siempre con la pluma, el pincel ó la azada, y después de haber jurado á sí mismo y á ella que no viviría más que del propio trabajo. Nobles y conmovedoras luchas de dignidad personal, de amor y de orgullo, que raramente se ven, pero que consuelan nuestro corazón, cotidianamente contristado por tantas simonías de lujuria, por tantas hipocresías de heroísmos, por tantas mentiras individuales, sociales y políticas, que enturbian el aire, haciendo imposible que el sol lo atraviese.

El que hace del matrimonio una industria, se reirá de mí y de mis extravagancias sentimentales.

¡Ríase en buen hora! No pretendo enseñarle el modo de hacer del matrimonio un paraíso terrenal. Él continuará en busca de la codiciada dote, y si tiene un gran blasón y la bolsa vacía, sacará el primero á subasta para rellenar la segunda, y si el juego le da resultado llevará el dinero de la esposa al tapete verde, al *turf*, al gabinete de la *cocotte*, y se alegrará de haber conquistado en un día lo que tantos otros no

pueden conseguir con el sudor de toda una vida laboriosa y agitada.

Y fumando un sabroso habano, tendido sobre un sofá turco, se elevará á sí mismo, entre las azuladas nubes de su cigarro, un monumento de admiración y gratitud.

¡Feliz él! Feliz tal vez, pero no envidiable; porque no conozco felicidad verdadera y durable que humille la dignidad, que puede esconderse en lo profundo del alma, que puede hacerse callar con los argumentos de los sofismas y de las transacciones de conciencia, pero que como muelle de acero se rompe y salta al ser oprimido.

El hombre que en los soliloquios de la propia inexorable conciencia tiene algo en que no puede pensar, y que en algún rincón de ella no puede penetrar sin vergüenza y sin remordimientos, nunca es feliz.

Y aun cuando con una larga gimnástica de cinismo consiguiera hacer callar el grito de la propia dignidad oprimida, vería llegar el día de los disgustos domésticos, de las luchas entre marido y mujer, libradas con armas de sonrisas amargas, de cumplimientos crueles, de insinuaciones llenas de perfidia y de veneno, y cuando la mujer, agitando el abanico con

pequeños y convulsivos movimientos, le dijera:

— *Al fin y al cabo, hijo mío, soy yo la que te mantiene...*

Si aquel hombre en ese momento no se ruborizase desde la cabeza hasta los pies, si en aquel instante la saliva no se le transformara en hiel y se le atravesara en la garganta, si no se le envenenaran de repente todas las vísceras del cuerpo y todas las fuentes de la vida, entonces aquel hombre no sería un hombre, sino un animal inmundo, que ha vendido la propia virilidad á cambio de un puñado de oro; sería más abyecto, cien veces más abyecto que la pobre prostituta que vende el propio cuerpo para ganar el pan cotidiano.

